

crear el mito del planeamiento total? ¿Será verdadera la teoría de que las cosas vivas —y la ciudad, la sociedad, la región como unidad geográfico-social, son indudablemente cosas vivas— deben dejarse crecer, sin violentar su desarrollo natural? ¿Pretendemos quizá, tal vez sin darnos cuenta, destruir un bosque natural frondoso para convertirlo, a base de mil sacrificios, en un jardín de recorte, de formas antinaturales?

Es interesante que nos hagamos estas preguntas y que tratemos de contestarlas aportando datos objetivos, para saber si el planear vale la pena, si el trabajo y el sacrificio que tiene que costar no resultarán inútiles o negativos ante el gran objetivo del bien mayor para el mayor número de seres humanos.

El desarrollo natural de lo que vive; las hojas del árbol, cada una de las cuales busca su propio espacio para respirar; el órgano fisiológico adaptado por proceso evolutivo a su propia función, son cosas muy hermosas. Pero no debemos ignorar que son muchas las especies naturales que han desaparecido bajo la ley del más fuerte, y que también en el reino de la Biología encontramos infinitos casos de colaboración organizada con el instinto de la propia defensa. Dios, que ha creado todo este maravilloso mundo que vive un constante proceso de evolución natural, ha dado únicamente al hombre la facultad de saberlo conducir y utilizar en provecho propio para satisfacer sus necesidades, convirtiéndolo, por encima de todos los demás seres vivos, en el *Homo ordinator*, en el ser cuya característica más notable es la de organizarse colectivamente según su inteligencia.

Sería absurdo creer que el solo principio de la lucha por la existencia puede conducir a una sociedad por buenos caminos y que la norma del *laissez faire* no es suicida. Cuántas equivocaciones originadas por la falta de previsión en las realizaciones de los últimos cien años se pagan hoy día con rectificaciones que cuestan un esfuerzo inhumano.

Pero no tan sólo es necesario planear físicamente, sino que hay que planear socialmente. No perdamos de vista que no puede ordenarse el territorio sin ordenar antes la comunidad que lo habita, porque si así se hiciera, el plan estaría vacío de sentido humano.

¿Es el intento de planear la sociedad no más que “una aventura intelectual, un proyecto temerario del espíritu moderno”, decidido orgullosamente a dirigir por sí solo el curso entero de la historia social?

La ordenación de la Sociedad es hoy día más necesaria que nunca; o el “contrato social” es insuficiente, o hay que dar un sentido muy complejo a este contrato. La ubérrima naturaleza ya no da lo suficiente para todos, si no se cultiva según principios de razón. El Planeamiento es una necesidad inherente

a nuestra situación histórica. Y si somos cristianos y nos queda un poco de sentimiento de fraternidad, hemos de hacer lo posible para que el fuerte no se coma al débil y para crear un mundo en el que todos podamos vivir.

Segundo principio. El objeto final del Planeamiento urbanístico debe ser el crear al hombre un ambiente dentro del cual pueda vivir una vida más saludable (física y mentalmente) y que le predisponga a un comportamiento mejor, en relación a sus semejantes.

En otras palabras: la finalidad del Urbanismo es el mejoramiento de las condiciones de vida de los hombres por la transformación del medio ambiente. Este ambiente puede ser tanto el puramente físico —el que forman los albergues dentro de los cuales se protegen contra las inclemencias del cielo, las vías por las cuales circulan, los lugares en donde trabajan— como social, o sea el que crean sus relaciones espirituales y culturales con los otros seres humanos.

Este es el gran problema ecológico que tiene en nuestro tiempo la especie humana, problema que puede particularizarse en tres puntos o problemas especiales: el problema de la vivienda o del hogar familiar, el problema del barrio u hogar colectivo y el problema de la necesidad de un contacto más íntimo con la Naturaleza.

Tercer principio. En la nueva ciudad debe existir una compenetración constante con la naturaleza verde.

Esto no tan sólo rige para las ciudades o zonas de nuevo planeamiento, sino para las ciudades antiguas, que deben ser sometidas a un proceso paulatino de desintegración. Ninguna perspectiva de ninguna ciudad debe dejar de estar alegrada por la presencia de un árbol, de una alfombra verde o de una enredadera.

Pero no es tan sólo esto, sino mucho más. Hay que introducir la naturaleza dentro de la ciudad, sin que ésta llegue a perder su carácter urbano en cuanto significa una fuerza de cohesión social.

La solución de este problema que, por lo menos sobre el papel, no es difícil, está en dar una nueva estructura al cuerpo de la ciudad, hasta ahora compacto, haciendo penetrar dentro del mismo todo un sistema de zonas verdes que lo desintegren en múltiples barriadas, formando núcleos en lo posible autárquicos, idea que coincide perfectamente con lo enunciado en el tercer principio.

Antes que todo hay que detener urgentemente el crecimiento en extensión de todas las ciudades de más de cien mil habitantes, estableciendo alrededor de sus perímetros zonas agrícolas o forestales “cinturones verdes”.

El tamaño excesivo de la ciudad típica contemporánea, hace difícil la comunicación entre el hombre que habita en el seno de la misma y el elemento natural, comunicación absolutamente indispensable a su salud y a su equilibrio mental. El medio artificial es tan extenso que resulta a veces imposible para el hombre que vive en el centro, el recorrer las grandes distancias que lo separan del medio auténticamente natural. Y esto viene agravado por el cinturón de industrias y zonas que, sin llegar a ser urbanas, han perdido ya todo resto de carácter rural.

Esto hace mucho más necesario que nunca el principio del "rus in urbe" de sistemas completos de parques interiores y de zonas exteriores preparadas para la huída periódica colectiva.

Cuarto principio. Toda nueva ciudad debe estructurarse a base de unidades vecinales, dentro de las cuales se suscite y fomente la formación de grupos primarios y principalmente de las comunidades vecinales.

La comunidad vecinal, como verdadera *comunidad*, es cosa natural, que no puede ser creada por el hombre; tampoco puede el hombre dar vida a una planta porque esto es cosa de Dios. Lo que puede el hombre es sembrar la semilla dentro de un suelo adecuado y después regarla, abonarla, cuidarla. Y esto es lo que el urbanista puede y debe hacer con las comunidades y en general con los grupos primarios: prepararles el terreno, sembrarlos y cuidarlos.

Una comunidad vecinal auténtica, que viene a formar una "familia de familias", debe estar definida por ciertas características, como son el estar establecida en un sector determinado de la ciudad, a ser posible definido, delimitado y diferenciado, y en el que los contactos entre los individuos y grupos menores que lo integran sean más o menos frecuentes y personales.

Nada más fácil para el que planea una nueva ciudad que plantar las comunidades vecinales: sólo hay que establecer los polígonos, establecer entre unos y otros elementos de separación, tales como líneas de gran tráfico, o determinadas zonas verdes; y crearles un punto central de atracción, un foco o centro comunal con la Iglesia, el cine, el comercio local.

No resultará tan fácil, pero también se puede intentar, especialmente en las ciudades no excesivamente grandes, el restaurar las antiguas "parroquias" dentro de los cascos de las viejas ciudades.

Cuanto más se va aplicando en la práctica el principio de la nucleización social, más se consolida su valor humano y se comprueba su realizabilidad.

Quinto principio. Necesidad de organizar social y urbanísticamente el esparcimiento colectivo.

Se trata, en realidad, de la organización del descanso colectivo. Ahora bien. Una cosa tan "personal", tan individual, como es el descanso, ¿puede, en el aspecto moral, ser organizada colectivamente? Entiéndase que lo que tratamos de organizar no es el descanso personal, sino los medios para que éste pueda ser realidad dentro del complejo de la concentración urbana.

La clave de este problema, a cuya solución relativa tanto puede contribuir el Urbanismo, se halla en devolver al hombre, a través de la organización del ambiente, una existencia más natural y de conducirlo obligatoriamente a ella sin que se sienta molesto por esta obligatoriedad, disimulando en ello todo aspecto de reglamentación, que sería contraproducente. No hay que llevarle de la mano al pic-nic, o a la excursión, o a la playa, sino prepararle un sitio que sea en sí mismo una invitación, una llamada inexcusable.

Con el mismo objetivo de permitir al habitante de la gran ciudad un mayor contacto con la naturaleza, al establecer los sistemas de zonas, hay que reservar siempre para uso directo del hombre los sitios de mayor belleza o interés paisajístico, por ejemplo: las orillas del mar en las proximidades de las grandes ciudades, que en el siglo pasado fueron invadidas por las industrias y forman tantas veces horribles telones de carbón, humos, escorias y acero, cerrando al hombre toda saludable comunicación con el mar. Son muchas las ciudades marítimas —Barcelona, una de ellas— en las cuales hay que recorrer muchos kilómetros para poder disfrutar su impoluta belleza.

El contacto del hombre con la naturaleza virgen es un problema que tanto como el plan urbano afecta al plan rural, en los parques regionales y nacionales. La desnaturalización es una enfermedad que, salvo zonas semidesiertas, casi inaccesibles o inhóspitas, ha atacado toda la superficie terrestre. Es necesario defender determinados espacios rurales, seleccionados por su belleza natural, por su accesibilidad desde las ciudades o por otras razones, contra la mano del hombre.

Para terminar, queremos ofrecer unas consideraciones sobre el valor urbanístico del deporte.

La necesidad que tiene el hombre de un ejercicio corporal sistemático ha sido fomentada por las teorías científicas en boga durante los últimos cien años y forma parte del movimiento general que se viene desarrollando, desde el Romanticismo, hacia la naturaleza en todas sus manifestaciones. Los deportes no son sino sistematizaciones distintas de este ejercicio corporal, siguiendo reglamentos convencionales.

La gran importancia que han alcanzado los deportes dentro de la sociedad contemporánea, se basa en satisfacciones psicológicas muy distintas.

Para unos el deporte es simplemente un medio para la salud corporal y

aun mental, y su práctica va unida a un contacto con la naturaleza; y, para otros, es un juego social con un sentido agradable del trabajo en colaboración. En este segundo caso suele haber ya un deseo de exhibición y no es extraño que degeneren en la manía del récord.

Para nuestro estudio hay un tercer aspecto del deporte que nos interesa más que los anteriores: es el deporte como espectáculo. Al urbanista no le interesa en absoluto el jugador, que es el que realmente practica el deporte, sino el espectador, como elemento diferencial de una masa que se traslada sistemáticamente, cada domingo, al aire libre a presenciar un juego del cual las incidencias se siguen con una pasión inofensiva. Es decir, que en primer lugar se traslada una multitud al aire libre, y, en segundo lugar, se le procura una expansión ruidosa, colectiva, pasional —sin consecuencias ni peligros—, de las energías acumuladas durante días de tensión nerviosa y de inhibiciones.

No debemos ponderar la importancia que para la ciudad tienen sus campos de deporte y la necesidad de que se sitúen en un ambiente adecuado, totalmente rodeados de espacios verdes.

La aplicación de estos principios, nos servirá para dar a la técnica urbanística el sentido humano que desde hace por lo menos dos siglos había ido perdiendo.

De que la ciudad medieval fue una ciudad más humana que la ciudad moderna, no cabe duda. Su tamaño, a escala siempre del hombre, su organización en parroquias, verdaderas unidades vecinales, su disposición limitada y cerrada —incluso sus puertas se clausuraban— cada noche al toque de queda (prescindimos que ello obedeciera a necesidades de defensa y seguridad), haciendo de ella un hogar colectivo, su segregación industrial en barrios ocupados por las distintas profesiones y oficios, son hechos que lo demuestran.

El Renacimiento, al introducir la moda de las calles rectas, "para que por las mismas puedan desfilar los ejércitos", o los grandes conjuntos espectaculares para dar gloria al monarca, abre el largo período de deshumanización que, sin cambiar de principios, alcanza la época de Napoleón III.

En los momentos actuales, la consolidación de los nuevos principios urbano-sociales, hace esperar que nos vayamos realmente empistando en el estrecho camino que conduce al ideal de hacer, lo diremos con palabras de Sartoria, "el hombre feliz, dentro de la ciudad feliz".

CAMBIOS SOCIALES Y PLANEACIÓN URBANA

Por Paul Lester WIENER *

Factores Mayores de Cambios e Implicaciones para el Ordenamiento Urbano: Aumento Demográfico.—Cambios en las Tasas de Mortalidad.—Incremento de la Longevidad.—Aumento de la Educación General y Declinación del Analfabetismo.—Cambios en el *Status* Político y Económico de la Mujer.—Reducción y Modificaciones del Trabajo Humano a Consecuencia de la Técnica y la Automatización.—Creciente Movilidad de Grupos Extensos.—Cambios en los Derechos Políticos.—Influencia del Radio y la Televisión en los Conceptos y Aspiraciones.—Cambios Familiares.—Enseñanza Humanista Frente a Orientación Vocacional.—Individualismo Frente a Colectivismo.—Controles Gubernativos.—Necesidad de Enfrentamiento del Problema del Cambio.—Respuestas que Pueden Brindar las Ciudades Latinoamericanas al Tratar de Evitar los Dilemas que ya Enfrentan las Ciudades Angloamericanas y Europeas.

Los estudios, las aplicaciones y los progresos de las ciencias sociales en México han merecido el reconocimiento internacional en los últimos diez años. En todos los campos del bienestar social, México ha buscado persistentemente soluciones a sus antiguos problemas y ha ampliado el campo del conocimiento para toda Latinoamérica, en cuyos países, a más de los orígenes similares, se ha dado un desarrollo histórico semejante y existe una composición demográfica también semejante. Con todo, el mejoramiento social en las zonas urbanas y rurales que podría beneficiar a millones de personas en México y en otros lugares, se encuentra retrasado con respecto al conocimiento y las técnicas científico-sociales. Esto se debe, en primer término, a la productividad insuficiente y a la falta de recursos financieros.

Listemos los factores mayores de cambio que afectan a nuestra sociedad, así como las implicaciones de los mismos en el planeamiento, planeación u ordenamiento urbanos:

* Paul Lester Wiener es Arquitecto graduado en la Real Academia de Viena, fundador de la *Town Planning Office* de Nueva York (con José Luis Sert), y planificador urbano. Vertió su trabajo del inglés, Oscar Uribe Villegas.